

Inmersión

Luis Horacio Heredia

Fue un sábado al mediodía cuando Martín recibió la sorpresiva invitación al puerto de Veracruz para un ciclo de conferencias sobre “Literatura, drogas y guerrilla chiapaneca”, según le comunicó la sensual y engolada voz de la secretaria.

Dormitaba en la que había sido antiguamente, lejanamente, su habitación en la casa de su madre, hasta el día que, luego de cumplir veinte años, inundado de amor, vitalidad y grandes sueños, se había casado con la que creyó sería la mujer de su vida: “envejeceremos juntos y nos seguiremos amando”, se habían prometido más de un millón de veces.

Apenas tres meses atrás (arruinando todos sus pronósticos a favor de su futuro, de su vida, de sus sueños y esperanzas) se había visto en la necesidad de pedirle refugio a su madre, pues su segundo divorcio y la nueva demanda por pensión alimenticia lo habían dejado con los bolsillos secos; el de por sí miserable sueldo que recibía como corrector de boletines de prensa en una oscura oficina de gobierno se había visto reducido a un veinte por ciento: un cuarenta lo recibía su primera mujer y sus dos hijos, y ahora un segundo cuarenta por ciento era para su segunda ex esposa y su pequeño bebé de un año.

Ese día su madre, desde la cocina, le avisó que tenía una llamada telefónica. En un principio maldijo al teléfono, e incluso a su propia progenitora por delatarlo; estaba seguro que lo buscaban de la oficina para reprenderlo por su inasistencia.

Cuando contestó, fingiendo un acento constipado, lo apabulló la sensualidad de una voz femenina.

—¿El *maestro* Martín Reyes Cuevas?

—Si-í —tartamudeó sin querer, pues ese “maestro” le sonaba rarísimo—. ¿Quién habla?

Fue entonces cuando se enteró que el Instituto de Cultura del estado lo invitaba a participar en una magna jornada de diálogo sobre la nación y su cultura, anticipándole que sería un honor contar con su asistencia, que el evento tendría una duración de cinco días con alojamiento y comidas incluidos, que esto, que lo otro...

Cada palabra sonaba como la más bella nota de un coro de ángeles para Martín. Colgó extasiado, henchido de felicidad, asombrado y sor-

prendido. Alguien, en algún lugar, por fin se había enterado que él era Un Poeta y que —lo habían averiguado, de seguro— tenía un par de *plaquettes* publicadas de manera independiente, y que por lo tanto era “Alguien” en la Cultura Mexicana. Existía.

Y se echó en la cama
soñando
con los ojos abiertos:

“Ahora sí todo va a cambiar. Por fin todo va a cambiar”, y recordó cuando quince años atrás, al cumplir los diecisiete, había leído, lleno de emoción, de frío, insomnio y adrenalina, la novela *Martín Edén* de Jack London; la historia del héroe había sido para Martín como una premonición de su propia vida, de su futuro, de su vocación. (Martín Edén, enamorado de una joven burguesa, decide estudiar y triunfar como escritor; después de muchos esfuerzos por fin consigue el éxito, sorprendiendo a propios y extraños, a todos aquellos que desconfiaban de su arte.) Él también había soñado entonces con hacerse poeta y vivir de sus libros publicados: tirajes extensos de miles de ejemplares, premios estatales, nacionales e internacionales, traducciones, ponencias, viajes al extranjero, aplausos, dinero, fama, mujeres, alcohol, drogas, una hermosa casa a orillas del río... “¡Vaya!, ¿y por qué no?”, le preguntó de inmediato su aún existente y henchido ego, “si hasta el nombre del personaje es casi idéntico: ¡Martín!, Martín Edén, Martín Reyes Cuevas”. Sí, mucha similitud. Muchísima, como para no confiar en su buena estrella, en los buenos designios de su destino. “Si Martín Edén había triunfado”, le insistió su super ego, “¿por qué Martín Reyes Cuevas no?”

Y ahora, al fin, lo invitaban a una mesa redonda, llamándole *maestro*, tomando en cuenta únicamente sus atributos literarios. ¿Qué otros?

Fue corriendo a darle la noticia a su madre; ésta se puso tan contenta, o al menos eso le pareció a Martín, que hasta logró sacarle un *préstamo* de quinientos pesos, mismos con los que fue a buscar a un viejo conocido suyo para comprarle un gramo de cocaína y un par de tubos de marihuana.

Estaba dispuesto a realizar un viaje feliz, con el espíritu optimista y con el rostro de un triunfador, de un futuro y cercano triunfador.

*

El día jueves, a las diez de la mañana, tomó el autobús hacia “el reconocimiento y la fama”, se decía, riéndose para sus adentros. Otro motivo para estar feliz era el enojo que le había causado a su jefe inmediato, quien le había negado el permiso para irse, gritoneando que le valía

madres que estuviera invitado por el mismísimo Presidente de la República, que él (Martín Reyes Cuevas) no era otra cosa que un pinche corrector de pruebas, y que se podía ir olvidando de su pinche carrerita de escritor. Martín, indignado, le contestó que se iría, con permiso o sin él, y que si a su regreso no lo aceptaba pues peor para él (para el jefe), pues entonces hablaría con el director del Instituto de Cultura y él (el director), personalmente, arreglaría sus problemas; azotó la puerta y salió de la oficina lleno de fe y esperanza en un nuevo día, una nueva vida, un mañana brillante y prometedor.

Sin embargo (y créanlo: cómo cuesta para un autor tener que meter a fuerza esta cantaleta tan prometedora de pesares: *sin embargo...*: esta frasecita que, como ave de mal agüero, se posa sobre la historia, pero ni modo, no queda de otra, pues el autor está obligado a ser fiel a la psicología de sus personajes, quienes, de pronto, cobran vida propia); en fin, sin embargo —como a veces ocurre en la realidad, tan lejana, por desgracia, a la literatura de espíritu fantástico y optimista—, desde la primera hora de la tarde los acontecimientos comenzaron a adquirir un tono bastante extraño. Y así se lo hizo saber a Martín la picazón de su nariz, aunque no sería sino hasta mucho después que llegó a percatarse del significado del mensaje enviado por su órgano nasal.

Como principio de todo, una mujer, salida Dios sabía de dónde; o mejor habría que decir: salida de quién sabe que rincón oscuro y subterráneo fue a sentarse junto a él en la larga mesa del restaurante donde habían congregado a los invitados, y como vendaval tropical se presentó primero: “Soy psicóloga, feminista y divorcida”, y luego se lanzó de inmediato, sin aparente motivo, con una larga perorata contra los hombres, en concreto contra los hombres infieles, y específicamente contra los hombres infieles que a su vez tapan las infidelidades de otros hombres. A cada momento se volvía hacia Martín y clavaba sus grandes ojos en los suyos, y lo recorría con una gélida mirada de arriba abajo, como queriendo fulminarlo.

Las dos cervezas y los tres tequilas que llevaba antes de que les sirvieran la comida, más varias caladas a un cigarrillo de mota en su habitación de hotel, no ayudaban en nada a aclarar la situación. ¿De qué hablaba esa mujer? ¿A santo de qué venía ese encono contra el género masculino? ¿Por qué tanto odio? Y, sobre todo, ¿por qué esa manera de voltear a verlo, como si Martín representara en su máxima expresión la clase de *bicho* a que se refería?

Intentó ignorarla, tratando de entablar conversación con el tipo que estaba a su izquierda (un crítico de rock del D. F.), pero el tono de voz de aquella mujer —similar al de una urraca— parecía ordenarle que le prestara toda su atención. Luego quiso platicar con otro señor que se

encontraba a su lado, pero resultó de igual manera imposible, ya que la susodicha lo hizo polvo con una mínima ojeada (el señor, funcionario de la Universidad de Chiapas, enmudeció en el acto).

A Martín no se le ocurrió entonces otra cosa, para intentar distraerla, que preguntarle sobre la manera en que prefería cocinar los mariscos (esto lo dijo porque en ese momento estaban sirviendo en la mesa bandejas repletas de langostinos, jaibas y ceviche de pescado; y porque creyó que a la mujer probablemente le gustaba cocinar, “al fin y al cabo, ¿qué habría de malo en ello?”, se dijo a sí mismo). Y, en el instante mismo en que terminó su frase interrogativa, se percató de que su ingenua pregunta había sido como proferir la blasfemia más grande contra Dios mismo. La mujer enmudeció por un instante, para luego llevar su voz hasta el nivel de una soprano y exclamar que cómo era posible que a las puertas de un nuevo milenio no se le ocurriera, a él, *hombre homo sapiens macho del género masculino* (sic y recontra sic), preguntarle otra cosa que un asunto de cocina.

—Sí, sí, también cocino, déjeme decirle, pero antes que eso, por encima de semejante oficio, sé hacer otras cosas. Yo trabajo. No soy una ama de casa.

Martín se obligó a cerrar sus sorprendidas y boquiabiertas mandíbulas, hizo un movimiento de cabeza, como excusándose, y salió disparado al baño. Miró por debajo de los cubículos, buscando alguno vacío; se encerró en uno de los últimos, sacó su navaja con cucharita y la bolsa de plástico con casi la mitad del gramo de polvo blanco. Dos largas aspiraciones, una por cada fosa.

Regresó a la mesa, según él más tranquilo y ecuánime, aunque se le quitó el apetito y sintió la necesidad de pedir otro tequila y otra cerveza. Por respeto a los buenos modales, se decidió a picar un poco de aquí y otro poco de allá. La mujer, para su fortuna, se había cambiado de lugar.

*

Más tarde, ya en su habitación, encendió un porro que traía liado desde su casa; les convidó del mismo al crítico de rock y a un pintor de La Esmeralda, quienes llevaban sendos gramos de coca y preparaban un poco en una mesa de cristal. Luego, el crítico y el pintor fueron a darse un duchazo; Martín hizo lo mismo. Permaneció un largo rato en la tina, sin saber cuánto tiempo, teniendo la sensación de que las horas se derretían con el calor que sentía dentro de su cerebro; llegó a quedarse dormido con el resultado de que se dio un par de cabezazos sobre el borde de la tina, además de que le entró agua por la boca que le hizo toser. Algo atemorizado, tomó fuerzas por fin y salió del agua; no deseaba morir ahogado o, peor aún, descalabrado en una tina

de hotel. Y como aún se consideraba una joven promesa de la poesía mexicana, sentía que no podía permitirse tales vulgaridades. Mucho menos un “ya merito”, futuro gran poeta laureado.

Se recostó en una de las dos camas individuales que había en la habitación y dejó que la temperatura ambiente le secara el agua del cuerpo. Encendió la televisión con el control remoto; buscó algo pasable entre los canales de cable, hasta que se topó con un partido de fútbol; la voz del narrador era monótona, sin altibajos, y eso le permitió dormir un poco.

Unos golpes en la puerta lo despertaron. Era el crítico de rock, quien lo instaba a vestirse.

—Son las ocho, y nos toca estar en la próxima mesa redonda.

Martín se vistió a toda prisa, le dio otro par de *jaloncitos* a la coca y bajaron a la recepción, entregaron la llave y se encontraron con el chofer en el lobby, quien los esperaba sentado, leyendo un periódico; junto a él se encontraban los otros tres exponentes, quienes lucían cara de pocos amigos por la demora.

El calor de la calle se agolpaba en una especie de bruma que al atravesar la puerta del hotel los golpeó, envolviéndolos en su humedad. Caminaron un par de pasos y entraron a la camioneta deprisa.

“La exposición”, anunció de pronto una especie de edecán que —se percató Martín en ese instante— venía sentada junto al conductor, “versará, como se les comunicó con toda antelación, sobre la relación de la poesía, las drogas y el levantamiento armado en Chiapas.”

Recordó en ese momento que no había escrito nada.

Sintió una especie de descarga eléctrica por su cuerpo. La respiración se le cortó de pronto.

Entonces —sólo entonces, precisamente entonces— recordó que no había escrito absolutamente nada. Los días transcurrieron con demasiada prisa, entre el trabajo y los sueños de vigilia donde se veía a sí mismo aplaudido y galardonado por las multitudes y los críticos, así que apenas y había escrito unos cuantos párrafos, sobre todo relacionados con su idea de la literatura y las drogas, pues sobre Chiapas la verdad es que sabía bien poco. Para colmo ni siquiera tenía idea de dónde podían estar aquellas dispersas y caprichosas frases, tan flojas e irregulares, sí, pero que al menos hubieran representado una pequeña tabla de salvación. En cambio ahora, ¿cómo iba a poder hilar aunque fuera un pequeño discurso que guardara cierta lógica?

*

Aire acondicionado. Mesa con mantelito verde. Agua mineral y vasos de cristal. Edecanes muy rozagantes, por cierto. La sala casi repleta (¿el

motivo?, se había anunciado a un gran escritor de la ciudad de México, quien a la mera hora no había llegado, teniendo la desfachatez, apenas un par de horas antes, de avisar la imposibilidad de su presencia, ya que asuntos de mayor importancia, salidos a última hora, reclamaban su atención). Cuando el maestro de ceremonias informó la ausencia del gran intelectual —eso sí, apresurándose a manifestar que de igual manera se contaba con la presencia de cinco noveles exponentes “del arte actual juvenil mexicano”—, más de media sala quedó vacía. Ni la promesa de vino y canapés al final del acto detuvo a esa media centena de escuchas. Martín, sea dicha la verdad, lo agradeció, aunque eso sí, resintiéndose un poco, de todas formas, su vulnerable ego. “Carajo”, pensó Martín muy en sus adentros, “mi poesía es mil veces superior a todas las novelas y los ensayos mamones de ese dizque escritorazo.” Lo único que Martín le reconocía al escritor era su enorme capacidad de relacionista público, “pero, la neta”, seguía insistiéndose, “si uno se dedica a leerlo a fondo, termina por descubrir las grandes lagunas de información veraz que abundan en sus escritos, además de que sus frases son pomposas y vacuas; su pinche escritura no es otra cosa que una literatura mal hecha, pretenciosa pero sin sustento”, y veía ante sus ojos las imágenes de los cintillos rojos que adornaban los ejemplares del último libro del escritor, que rezaban: *Con Fulanito de Tal por Cual la narrativa mexicana vuelve a ser grande; Nunca antes se había escrito una novela en México con tales características*. Martín se decía una vez más: “Bueno, esto de que nunca se había escrito una novela así en México es cierto..., nunca en mi vida había leído una novela tan mala y tan pedante”.

Y de pronto oyó una vocecita muy lejana, agazapada en algún recoveco de su conciencia: “¡Envidioso!”

Despertó de su letargo, de esa especie de instantánea desconexión de la realidad, y se percató entonces de que tres de los cinco expositores ya habían concluido con la lectura de sus textos.

Un extraño fenómeno producido entre sus oídos y su capacidad de *retentiva memoriosa subconsciente* (como había leído Martín en algún ensayo de Jung), echaron a andar algo similar a un mecanismo de grabación, por medio del cual Martín pudo escuchar en retrospectiva lo dicho por aquellos *eruditos* en política nacional. De lo que sacó en claro, es decir, de la esencia de toda aquella palabrería, su conclusión fue que se la habían pasado soltando frases relativas al derecho de los pueblos indígenas a gobernarse a sí mismos, ¡no al imperialismo!, ¡sí a la hermandad del hombre con la naturaleza!, pero de literatura y drogas, nada. Así que, al llegar su turno, a modo de salida de escape, anunció que había preparado para la ocasión un poema alusivo al tema. “¡Claro!”, se dijo en

ese mismo instante, “soy un poeta; así que, ¿qué otra cosa se puede esperar de mí?” Y comenzó a improvisar, intentando hacer un juego de palabras con el prefijo *sub*:

Ah, lo *Subterráneo* del mundo de las drogas
la literatura que nos conduce al *Subconsciente*
Ah, el maravilloso *Subterfugio*:
la máscara del *Subcomandante*
quien, perdido en algún lugar *Subcutáneo* de la selva chiapaneca...
Subrepticamente comanda la *Sublevación*
Ah, viva la *sublevación* de los *súbditos* del Imperialismo...

Y así prosiguió, durante varios minutos. Al principio se sintió algo atemorizado, pero conforme pasaba el tiempo fue tomando dominio del tono de su voz y declamó los versos de manera más pausada y cadenciosa. Fingía leer lo que en verdad era una página en blanco, a la vez que escrutaba por encima de ella los rostros del público; en unos le pareció percibir expectación, en otros asombro, en unos más una impavidez absoluta, y, en una que otra jovencita, cierto arrobamiento.

Por su parte, sus compañeros de mesa se miraban entre sí, a la vez que le dirigían miradas de estupefacción, y más cuando al asomarse furtivamente a su “texto” se percataron de su blancura inmaculada. Pero, ¿qué esperaban?, él era un poeta, así que tenía toda la libertad del mundo de improvisar. Allá ellos y sus “sesudos” análisis sociológicos, antropológicos, arqueológicos, o lo que fueran. Lo importante del asunto era que, todo lo que ellos mismos habían expresado, él había logrado amalgamarlo en un poema, resaltando las palabras clave de una forma más sintética y elegante.

Sin embargo, al término de su exposición, de inmediato volvió a escuchar la voz de la mujer que le había tocado como acompañante durante la comida, y la vio levantarse de su silla despotricando a todo pulmón contra el machismo, contra la infidelidad de los hombres, y, ya específicamente, contra él y su *poema*: ¿Cómo se atrevía a blasfemar contra el movimiento armado llevado a cabo en la selva lacandona? Y más, ¿cómo era capaz de emitir palabra alguna contra el único hombre en México capaz de escuchar con respeto y amor no sólo a los seres más marginados del planeta, sino también a las mujeres, a las benditas mujeres sojuzgadas y maltratadas por gente que, como él (o sea, como Martín), creían que su función era tan sólo cocinarles, lavarles los calzones y procrear hijo tras hijo?

De nada sirvió el intento de alegato de Martín: él estaba precisamente tratando de resaltar todo lo contrario, él también veía en el *Sub* a una

figura importante, trascendental de la historia nacional; y, además, tratando el tema de su supuesta misoginia, él ni siquiera tenía mujer que le cocinara ni le lavara los calzones (“exceptuando a mi madre”, pensó Martín, al mismo tiempo que proseguía su defensa): mucho menos una a la que estuviera embarazando a cada rato (“con mi primera mujer sólo tuve dos hijos, y uno solo con la segunda, y espero no traer más hijos a este mundo”). La mujer no escuchaba razones, ella (“esta pinche defensora de la Brigada del Estrógeno que no me deja hablar”) prosiguió con su inflamado discurso antitestosterona. Martín intentó una vez más aclarar que su *poema* se orientaba, precisamente, a despertar la simpatía de los fervientes admiradores de la causa guerrillera y del *Sub*, pero la mujer alzó aún más la voz, insistiendo en que su poema era un atentado contra la dignidad de la mujer, de las clases desprotegidas y de los héroes contemporáneos que, como el *Sub*, luchaban por un tipo de vida más digno para todos los habitantes del país (“por lo visto esa malhadada mujer ha descubierto mi ironía, que yo imaginaba finísima e invisible”, se dijo desconsolado). Los rostros de las muchachas, que durante su lectura habían adquirido un perfil de beatitud, ahora se transformaban, mirándolo como a un delincuente, a un violador (“pero habría que especificar”, ironizó, “¿por qué me juzgan, por violador de qué, de mujeres, de los derechos humanos, de qué?”).

Después de la urraca, un jovencito de cutis barroso tomó la palabra y comenzó a insultarlo. A lo que se sucedió una discusión confusa y difusa, en la que tomaron parte una serie de tipos estrafalarios, surgidos por un instante de la nada, bufones, maniáticos, espectros, perturbadores mal intencionados, filósofos de buhardilla. El moderador tuvo que suspender el acalorado y sorpresivo debate, y Martín se vio en la necesidad de salir huyendo por la parte posterior del edificio y tomar un taxi. Los otros, una vez restablecida la calma, se quedaron a beber vino, firmar autógrafos y exclamar frases de asombro por el comportamiento tan extraño del poeta.

—No sé qué le sucedió —dijo el pintor—; tal vez se metió mucha droga.

—Pobre tipo...

—Más bien parece uno de esos artistas desesperados por alcanzar el éxito...

—¿Con esas greñas?

—¿Y esas fachas?

—Pero, ¿quién es?, ¿en dónde ha publicado?

—Creo que es un poeta local...

—Ah.

—Ya.

—Ahora entiendo.

Todos asentían, mientras vaciaban sus copas y comían un canapé tras otro.

Martín, mientras tanto, también tenía sus propios pensamientos respecto a lo sucedido: todos los presentes le habían parecido una bola de extravagantes y ridículos, gente obtusa que se pasaba la vida juzgando a los demás, sin reparar en sus propias manías y defectos. “Por ejemplo”, añadía Martín en su interior, al tiempo que bebía una cerveza, “nadie cuestionó el discurso tonto e incoherente del pintor, quien se la pasó comparando la selva chiapaneca con un cuadro pictórico *intenso*, aseverando que el *Sub* es el gran artista mexicano: poeta, guerrillero, *pintor de un nuevo cuadro de costumbres* (sic). ¿Y qué decir del crítico de rock, que propuso un festival internacional de música en el corazón de la selva, teniendo como invitados principales a Sting, U2, Peter Gabriel, Caifanes, Maná, Molotov, Control Machete, Maldita Vecindad, y un largo etcétera de cantantes y grupos *concientizados*? ¿Y el otro, el novelista, que pidió públicamente el premio nacional de letras para Marcos, y aseguró que Durito es el personaje idóneo para la siguiente película de Walt Disney...? Digo, ¿era eso también ironía o una simple propuesta llena de candor e ingenuidad? ¿Y en esos momentos nada dijo esa mujer del demonio!”

—¿Por qué tan deprimido? —interrumpió una voz sus pensamientos.

Se trataba del crítico de rock, quien se sentó junto a Martín sin preguntarle siquiera si deseaba su compañía, y de sopetón comenzó a narrarle los comentarios que se habían vertido sobre su persona, sin mediar piedad alguna.

Luego, mirándolo como probablemente sólo se pueda mirar a un perro desvalido, le dijo:

—Tienes los ojos enrojecidos.

—Tengo alergia —le contestó Martín, de no muy buen talante.

—Vaya, aparte de todo, alérgico. ¿Y qué es lo que te provoca la alergia?

—Las malas vibras...

El crítico de rock lo miró extrañado, como si Martín, en lugar de estarle diciendo una verdad clara y transparente, estuviera dándole una especie de mensaje oculto, críptico, laberíntico. De pronto, Martín se rió, al percatarse de que el pobre tipo era un ingenuo. (Le vino a la mente en ese momento la frase aquella del francés sifilítico: “Su imaginación lo hace ver fantasmas donde en realidad existe únicamente vulgaridad”.)

—En serio. Siempre que me encuentro en una situación estresante, o que me topo con personas agresivas o amargadas, me empieza a picar la nariz y me lloran los ojos, me ataca el estornudo y me pongo mal.

—Carajo, eso sí que es mala cosa. Padecer alergia por culpa de los agresivos y amargados, uf, vaya, pues mira que el mundo está rebosante de tales especímenes. Debes tener alergia todo el tiempo.

—Sí, casi siempre. Aunque a veces logro relajarme.

—Pues deberías intentar practicar la meditación zen, o alguna otra doctrina oriental.

—He probado de todo. Homeopatía, acupuntura, psicoterapia, tai-chi, yoga, budismo, pero nada.

El rostro del crítico rockero tomó una actitud de preocupación.

—Hombre, pues sí que estás mal. Y encima consumes toda clase de drogas.

—Sí. Mira, si nada me quita esta enfermedad, que algunos médicos catalogan de *psicosomática*, pues entonces lo preferible es tratar de olvidarme de ella, ¿no crees?, y qué mejor forma que tratando de anestesiarse mi cerebro. Si allí es donde radica el origen de mi mal, pues entonces voy a adormecerlo, a relajarlo; o de plano que explote.

El crítico de rock le propuso entonces que fueran a *reventarse* esa noche.

—Vamos a emborracharnos, fumemos, busquemos mujeres.

Martín estuvo de acuerdo, aunque su ánimo no era todo lo expansivo que hubiera deseado. La picazón de la nariz (real), el ardor de ojos, y un poco de escurrimiento nasal (psicosomáticos y palpables a la vez), le impedían tornarse festivo. Tal vez hubiera preferido subir a su habitación y acostarse, ver un poco de televisión, descansar, beber litros y litros de agua para desintoxicar su sangre contaminada, realizar algunos ejercicios de respiración y meditación, dormir, olvidarse de todo, de todos. En lugar de eso pidió un whisky en las rocas, consultó su reloj —diez de la noche—, y se dispuso a zambullirse en las profundas aguas de la noche porteña. Se aprestó a sumergirse en las olas de calor y sensualidad del ambiente del trópico. Se propuso embriagarse de música, de ruido, de algarabía, de muslos y piernas y caderas y rostros y pechos de mujeres y mujeres y más mujeres que caminaban enfrente de los Portales o que bebían —muchas de ellas acompañadas por amigas o amigos— en otras mesas del gran corredor que se extendía de calle a calle en aquella plaza del Puerto jarocho. Y al pensar en todas esas imágenes como algo posible, una extraña y profunda abulia lo invadió. Una tristeza que surgía de lo más profundo de su ser. Ahora lo reconocía, total, absoluta, descarnadamente: se encontraba en eso que algunos psicólogos llaman “un punto muerto de su vida”, estancado, completamente vacío de sentimientos o de ideas para intentar componer nuevos poemas, vaya, para seguir despertándose cada día. Apenas con treinta y dos años de existencia y ya

tenía la certeza de que había fracasado. Claro, podía engañarse, decirse a sí mismo que se trataba sólo de una mala racha, un momento, una etapa; que más adelante vería al sol brillar otra vez, y que las estrellas titilarían de nuevo, y que el mar y la luna una vez más adquirirían su encanto seductor; pero en el fondo sabía —con la convicción que da el hartazgo— que lo poco que había logrado era lo único que haría como *artista*; el futuro sólo se le presentaba como una constante repetición, un laberinto sin salida: escribir con el mismo estilo, darle vueltas y vueltas a las mismas dos o tres pinches ideas obsesivas que le rondaban por la cabeza, al par de sucesos “importantes” que le habían sucedido en su existencia, y párale de contar. Sí, sí, un nuevo amor podía presentarse en cualquier instante. Es más, podía estar esperándole a la vuelta de la esquina, o agazapado en algún rincón de esa ciudad o de cualquier otra. La cuestión era que en él ya no existía ni un gramo de inocencia, “y sin inocencia”, se aleccionaba a sí mismo, “el amor puro no puede florecer, porque lo único que prevalece es la perversión, el frío conocimiento que da la experiencia”.

Y de pronto, en ese instante, un pensamiento, pequeño y luminoso, comenzó a crecer en su cerebro: que las cosas siguieran saliendo mal el resto de la noche, el resto de su vida, era algo que ya no debía preocuparle, por la sencilla razón de que lo único de lo que podía estar seguro era de que *mañana* podía ser aún peor que *hoy*. “Uno siempre termina por convencerse de que el camino hacia el infierno no tiene fin. El descenso no sólo es largo, sino eterno”, se dijo, volviendo a recordar la novela de London, la parte final: ... *dejó de nadar y se instaló en vertical. Le rodeó una especie de hoguera radiante. Después, tenebrosidad...* “¡Puf!, contundente.” O como decía un viejo: “Cuando sientas que todo está de la chingada, gózalo mi negro, porque mañana puede estar aún más jodido el asunto”. Sonrió y brindó, chocando con fuerza su vaso, diciéndole al crítico con voz ronca y estruendosa:

—Sabes —dijo, meditando más para sí mismo—, debo escribir. La escritura me salvará. ¿No es lo que ha salvado a la humanidad: el arte?

—Sí, puede ser que así sea. Pero mejor bebamos.

—Bebamos —asintió Martín, al tiempo que se limpiaba el escurrimiento nasal con el dorso de su mano.

Una densa oscuridad se avizoraba en el horizonte, al tiempo que múltiples marimbas rezumbaban con estruendo.

Martín, sin embargo, parecía sonreír, como dicen que hacen los santos, o los idiotas.

